

- ¿Pues con qué seguridad
ha de gozar tu favor
el que sabe que es tu amor
hijo de tu vanidad?
- DON ROQUE. Y yo, Serafina hermosa,
digo lo mismo, por Dios.
- DON GONZALO. Pues la que no es para vos,
tampoco para mí es cosa.
- DON PABLO. *Nec mihi.*
- SERAFINA. Á ti te he elegido,
Esteban.
- ESTEBAN. Eso me agrada,
¿pues cuándo fué una dejada
alhaja de un presumido?
- SERAFINA. Tú alcanzaste la victoria,
merecerás por constante.
- JACOBO. Acordaráislo adelante,
para que tenga memoria.
- SERAFINA. Pues si estos son los hombres...
- DON MARCOS. Pues si estas son las mujeres...
- GIBAJA. Si esto es ser casamentero,
pues no hay quien se case adrede...
- SERAFINA. Pues aman aborrecidos...
- JACOBO. Pues queridas aborrecen...
- D.^a MATEA. Para que escarmienten todas...
- DON MARCOS. Porque todos escarmienten...
- ESTEBAN. Canten uno y otro á coro...
- GIBAJA. Repitan una y mil veces...
- TODOS Y MÚSIC. *¡Mujeres, lo que son hombres!
¡hombres, lo que son mujeres!*
- GIBAJA. Y don Francisco de Rojas
un vitor sólo pretende
porque escribió esta comedia
sin casamiento y sin muerte.

DONDE HAY AGRAVIOS, NO HAY CELOS

Y AMO CRIADO

PERSONAS

DON JUAN DE ALVARADO.
SANCHO, *su criado*.
DON LOPE DE ROJAS.
BERNARDO, *criado suyo*.
DOÑA INÉS DE ROJAS.
DON FERNANDO, *su padre*.
BEATRIZ, *su criada*.
DOÑA ANA DE ALVARADO.



JORNADA PRIMERA

*Salen SANCHO y DON JUAN, de camino, con botas
y espuelas.*

SANCHO. Ó es que te has endemoniado,
ó es que lo que haces ignoras;
en la corte y á estas horas,
¿qué buscas recién llegado?
¿Dónde tu discurso va?
¿Qué es lo que intentas hacer?

DON JUAN. Calla, necio; esta ha de ser
la gran calle de Alcalá,
que turbada mariposa
buscó mi llama ó mi estrella.

SANCHO. ¿Qué quieres hacer en ella?

DON JUAN. Aquí ha de vivir mi esposa.
El juicio hemos de perder
si hay alguno que perdamos.
¿No asamos y ya pringamos?
¿Al primer tapón mujer?
Que estás cansado imagina;
mira que las doce han dado.
¿Tan llanos han caminado

- mi morlón y tu frontina?
 Volvemos, por Dios, podremos
 á dormir á la posada
 que ya dejamos tomada.
 DON JUAN. En tanto que no sabemos
 cuál de aquestas casas es
 (sea amor ó sea desvelo)
 adonde se oculta el cielo
 de mi hermosa doña Inés,
 bien puedes tener por cierto
 que no habrá descanso igual.
 SANCHO. Acuérdate, hombre mortal,
 que hoy hemos pasado el Puerto,
 y por el bendito Dios
 que te acuerdes de por sí,
 que hay desde Burgos aquí
 muy largas cuarenta y dos;
 y no seas tañ reacio,
 sobre novio, que me pesa,
 que tomes hoy tan de priesa,
 lo que ha de ser tan despacio.
 DON JUAN. ¡Ay, Sancho! que su hermosura
 aun pintada, me ha abrasado.
 SANCHO. Hombre que se ha enamorado
 no más que por la pintura,
 porque á castigar se empiece
 su amorosa desvergüenza,
 ser sacada á la vergüenza
 del desengaño merece.
 Dime, señor, por tu vida,
 engáñete ó no el primor,
 ¿ha de pintarte el pintor
 si es tu mujer presumida,
 si es necia ó es recatada?
 Advertiráte fiel
 muy solícito el pincel
 si es sucia ó desaliñada?
 ¿Del pincel colegirás
 (por más que avise elegante),
 si tiene dientes delante,

- si guarda corcova atrás?
 ¿Advertiráte el retrato
 con curiosa perfección
 lo que hay en su inclinación,
 lo que hallarás en su trato?
 Porque esto solo ha de ser,
 aunque más quieras culpar,
 lo que se ha de examinar
 en una propia mujer;
 pues si no has averiguado
 (de tus celos enemigo),
 nada de esto que te digo,
 ¿de qué te has enamorado?
 DON JUAN. Ya su belleza acredita
 lo que en ella puede haber.
 SANCHO. Oyes, la propia mujer
 no ha de ser más de bonita,
 y que ha de tener, sabrás,
 semblante modesto y casto,
 y hermosura para el gasto
 de su marido no más.
 DON JUAN. Amigo Sancho, no sé,
 dejando lo discurrido,
 ¿cómo le habré parecido
 en el retrato que envié?
 Porque de mi original
 no ví más cierto traslado.
 SANCHO. Yo sí, señor.
 DON JUAN. ¿Qué has pensado?
 SANCHO. Que le has parecido mal.
 DON JUAN. Pues ¿no me dirás por qué?
 ¿La copia, dí, no es igual
 con mi propio original?
 Pues dí, ¿por qué?
 SANCHO. Yo lo sé.
 DON JUAN. Acaba ya, mentecato;
 dime la causa en rigor.
 SANCHO. ¿Quiéreslo saber mejor?
 DON JUAN. Sí.
 SANCHO. No está acá tu retrato

DON JUAN. De tu necesidad me río,
¿mi retrato no te dí?
¿Y no hiciste el pliego?

SANCHO. Sí.

DON JUAN. ¿Pues cuál enviaste?

SANCHO. El mío.

DON JUAN. Vive Dios, borracho, loco,
que á ser lo que dices cierto,
pienso que te hubiera muerto.

SANCHO. Señor, vete poco á poco.

DON JUAN. Dime, ¿cómo ha sido?

SANCHO. Espera,
y yo te lo contaré.

DON JUAN. Acaba, dí, ¿cómo fué?

SANCHO. ¿Cómo fué? de esta manera:
ya te acordarás, señor,
(que yo harto estoy de acordarme)
que en Flandes dió en retratarme
por fuerza cierto pintor;
pues por extraña y ajena
pintó mi cara endiablada,
que es mejor para pintada
la mala que no la buena.
Y después de aquella hazaña
que España observa triunfante,
que nos dió el señor Infante
dos licencias para España.

DON JUAN. En fin, que á Burgos llegamos,
patria en que los dos nacimos,
donde apenas conocimos
los mismos que antes tratamos.

SANCHO. Que de tu desdicha incierto,
siendo tu esperanza vana,
menos hallaste á tu hermana
y á tu hermano hallaste muerto;
sin que te avise cruel
pena que tu honor profana,
ni quien se llevó á tu hermana,
ni quien le dió muerte á él.

DON JUAN. No acuerdes tan inhumana

pena sin darme sosiego.
¡Ay, mi hermano! ¡ay, mi don Diego!
¡Ay, mal nacida doña Ana!
Mas si no sé mi enemigo,
¿por qué comunico al labio
sin mi venganza mi agravio?
Prosigue, Sancho.

SANCHO. Prosigo.
También sabes, que después
por cartas de cumplimiento
trataste tu casamiento
en Madrid con doña Inés;
y que será dama fío
de honor, prudencia y recato;
que ella te envió su retrato.
Y que yo le he enviado el mío.

DON JUAN. Eso es fuerza que prosiga.

SANCHO. No dices cosa que importe.

DON JUAN. Ya hemos llegado á la corte
y es fuerza que te lo diga,
pues ahora al retrato llego;
ya sabes, si te acordaste,
que la noche que le enviaste
me hiciste cerrar el pliego,
y fué porque...

DON JUAN. Sancho, acaba:
que todo es verdad te digo,
porque me llamó un amigo
al tiempo que le cerraba.

SANCHO. Pues díome gana, señor,
de mirar en este rato
tu retrato y mi retrato
por ver cuál era mejor;
y viendo en los dos pinceles
la propiedad y el primor,
á entrambos con mucho amor
los envolví en dos papeles,
pues envueltos...

DON JUAN. Dilo.

SANCHO. Espera;

- los troqué tan torpe y ciego,
que el mío puse en tu pliego
y el tuyo en mi faltriguera.
- DON JUAN. Yo te escucho y no lo creo.
- SANCHO. ¿Pues eso á mí qué me inquieta?
- DON JUAN. ¿Y lo echaste en la estafeta?
- SANCHO. No, señor, en el correo.
- DON JUAN. ¿Qué dirá mi Inés, repara,
con tu cara?
- SANCHO. No te asombres;
dirá que todos los hombres
no han de tener buena cara.
- DON JUAN. ¿Y qué dirá de tu talle
y de tu presencia, dí?
- SANCHO. Si Dios me la ha dado así,
¿tengo de echarla en la calle?
- DON JUAN. ¿Pero qué importa el engaño,
ni qué puede haber que importe,
si habiendo entrado en la corte
está cerca el desengaño?
- SANCHO. Ea, pues, señor, acaba
de cumplir con tu pensión.
- DON JUAN. Estas presumo que son
las monjas de Calatrava,
y no se cómo sabremos
cuál de aquestas casas es
la casa de doña Inés.
- SANCHO. Por su padre preguntemos;
tu prudencia comedia
así lo intente saber,
que no es segura mujer
la mujer que es conocida.
- DON JUAN. Él se llama don Fernando
de Rojas.
- SANCHO. Quiero llegar.
- DON JUAN. ¿Y á quién lo has de preguntar?
- SANCHO. Un hombre se va acercando.
- Sale BERNARDO.
- BERNARDO. Sobre tener gran recelo,
no tengo poco cuidado

que mi amo salga tan tarde
y que entrase tan temprano;
las doce y más de la noche
son ya, y estando cerrados
los postigos de la calle,
mas dudo, y menos alcanzo;
amante ciego de Inés,
de la belleza milagro,
fénix de amor, mi señor,
vive y muere de sus rayos;
pero siendo Inés su prima,
y su tío don Fernando,
los que entraren en sospechas
son discursos temerarios,
pero aquí le he de esperar
en tanto que el sol dorado
al alba que los avisa
manda recoger sus astros.

DON JUAN. Ea, pregúntalo, acaba.

BERNARDO. Aquí he de esperar.

DON JUAN.
BERNARDO.
SANCHO.

Hidalgo:

¿dónde posa un caballero
que se llama don Fernando
de Rojas? Si es vuestested
curial en aqueste barrio.

BERNARDO. Vive en esta propia casa.

SANCHO. Dígame usted en qué cuarto.

BERNARDO. En toda la casa vive.

SANCHO. Guárdele el cielo mil años,
cuatro ó cinco más ó menos.
Señor, ya hemos encontrado
tu mujer; mas siendo propia
fuera no hallarla milagro.

DON JUAN. Ya lo escuché.

DON JUAN.
BERNARDO.

(Ap.) Vive Dios,

que pienso que lo he errado
en haber dicho la casa;
que estando dentro mi amo,
para esperarle y salir,
no ha de ser poco embarazo.

SANCHO. Ea, manos á la boda.
 DON JUAN. Ea, ¿no llamas?
 SANCHO. Ya llamo.
 BERNARDO. ¿Oye vusted, caballero?
 SANCHO. ¿Caballero? más abajo
 tengo mi alcúña, ¿qué quiere?
 BERNARDO. Que hay enfermos en el barrio,
 y es tarde, y mañana hay día.
 SANCHO. Los dos que ve se han criado
 en la Noruega; y así,
 por la noche negociamos.
 BERNARDO. ¿Tanta prisa traen los dos?
 SANCHO. Nunca traemos espacio.
 BERNARDO. Diga, ¿por qué?
 SANCHO. Porque quieren
 muy apriesa los soldados.
 BERNARDO. No lo entiendo.
 SANCHO. Dios me entiende.
 BERNARDO. ¿Has cenado?
 SANCHO. Sí he cenado;
 mas tú, y tu padre, y tu abuelo,
 y tu alma, son los borrachos.
 BERNARDO. To, to, to, valiente me es.
 DON JUAN. ¿Ahora la tiendes, Sancho?
 SANCHO. Yo la doblaré después.
 BERNARDO. ¿Oye?
 SANCHO. Bien oigo.
 BERNARDO. Aquí, al lado
 de los padres Recoletos,
 pues quiere reñir, le aguardo.
 SANCHO. Pícaro, yo nunca riño,
 siendo Sancho y siendo el Bravo,
 al lado de Recoletos,
 sino al lado de los diablos.
 BERNARDO. (Ap. Así lo pienso sacar
 de la calle.) Ya me canso
 de sus cosas, y otra vez
 digo que espero en el Prado. (Vase.)
 SANCHO. Más se cansará vusted
 si me espera; por san Pablo

que le he de matar.
 DON JUAN. Aguarda,
 escúchame, Sancho.
 SANCHO. Aguardo.
 DON JUAN. Entremos á ver á Inés,
 y al instante que salgamos
 le irás á buscar.
 SANCHO. Bien dices.
 ¿Ha de esta casa? En lo alto
 han abierto un postiguillo.
 DON JUAN. Si responden...
 SANCHO. No está claro.
 BAJA DON LOPE por un balcón al tablado.
 DON JUAN. Un hombre, ¡viven los cielos!
 ó la vista me ha engañado,
 descende por un balcón.
 SANCHO. La grande llaneza alabo.
 DON LOPE. ¿Quién es quien está en la calle?
 ¿No es Bernardo?
 DON JUAN. No es Bernardo.
 Diga, ¿quién es?
 DON LOPE. No es posible.
 (Ap. Aquí hay gran riesgo si aguardo,
 y si me voy, doy indicios
 de cobarde ó de villano;
 este es el medio mejor
 si no dejan libre el paso;
 así lo intento cobrar.) (Saca la espada.)
 DON JUAN. Hay valor y tengo manos.
 DON LOPE. (Ap.) La oscuridad de la noche
 y lo importante del caso,
 y ver que al ruido que hacemos
 ha de salir don Fernando,
 me da ocasión de volver
 al riesgo de honor los pasos;
 ya yo he cobrado la calle,
 y puesto que la he cobrado
 y que no soy conocido,
 por dama y honor volvamos. (Vase.)
 DON JUAN. Si no me dices quién eres,

no has de pasar.
 SANCHO. ¡Oiga el diablo!
 ¿Mi amo riñe conmigo?
 DON JUAN. Dígame, ¿quién es?
 SANCHO. Soy Sancho.
 DON JUAN. ¿Qué dices?
 SANCHO. Lo que te digo;
 si no hablas recio, te mato.
 DON JUAN. ¿Luego se fué?
 SANCHO. ¿No lo ves?
 DON JUAN. ¿El que bajó?
 SANCHO. ¿No está claro
 que dará mejor carrera
 quien supo dar tan buen salto?
 DON JUAN. Sigámosle.
 SANCHO. ¿Tienes postas?
 DON JUAN. ¡Que se fuese!
 SANCHO. *Verbum caro
 factum est.* ¡Y qué de cosas
 en un instante han pasado!
 DON JUAN. No creas que era cobarde
 el que bajó.
 SANCHO. ¿Pues yo cuándo
 pienso que nadie es gallina?
 Todos para mí son gallos.
 DON JUAN. Si has visto lo que nos pasa,
 ¿qué te parece que hagamos?
 SANCHO. Lo que á ti te pareciere.
 DON JUAN. Discurramos.
 SANCHO. Discurramos,
 que ya amanece, y tendremos
 los entendimientos claros.
 DON JUAN. ¡Ser yo caballero pobre,
 y apenas haber llegado
 de Flandes, donde á mi rey
 serví más de catorce años,
 cuando con su propia hija
 me envía á rogar don Fernando;
 ella en Madrid y yo en Burgos;
 ella hermosa y yo rogado;

ella muy rica y yo pobre;
 y que me buscasen!
 SANCHO. Malo;
 Aristóteles contigo
 discurrió como muchacho.
 DON JUAN. ¡Venir á Madrid contento,
 y apenas haber llegado,
 cuando un criado á estas puertas
 (que debió de ser criado
 del que estaba dentro), intenta
 que de la calle salgamos,
 y para sacarnos finge
 que nos desafiaba!
 SANCHO. Malo.
 DON JUAN. ¡Ser ya las dos de la noche,
 estar los cuartos cerrados,
 ser casa en que viven solos
 doña Inés y don Fernando,
 desde el balcón principal
 bajar un hombre arrojado,
 sacar la espada valiente
 y acuchillarnos á entrambos,
 y por no ser conocido
 irse tan apriesa!
 SANCHO. Malo.
 DON JUAN. ¡Casarme yo con Inés,
 siendo los indicios claros!
 Peor.
 SANCHO. ¿Pues qué hemos de hacer?
 DON JUAN. Discurramos.
 SANCHO. Discurramos.
 DON JUAN. Discurramos.
 Ahora bien, yo tengo un medio
 extremado.
 SANCHO. Ya le aguardo.
 DON JUAN. Y es averiguar yo mismo
 mis celos y mis agravios.
 Bien puede ser que este hombre
 no éntre por Inés, y en tanto
 que averiguo con la vista
 lo que tan ciego idolatro,